

La ASQUEDAD, un nicho para bob@s

Alemania, siglo dieciocho: un filósofo veía la vida y sus engendros desde la razón desapasionada de un silencio inmóvil, desde el hombre quieto ante su cultura, que piensa cómoda-mente desde el nicho, en su ataúd moral y en su petrificada maneriedad centro europea.

La Haya, allá por el siglo de oro holandés: un pulidor de lentes, también biólogo adelantado a su tiempo. Un filósofo de raíces sefardí, excomulgado por el sanedrín de aquellos tiempos, como en otros tiempos pasados. Prejuizado como otros personajes tan incómodos como él, en otros tiempos, como en nuestro tiempo, en el presente de nuestros días. Un hombre irreversible e irreverente, humilde y recurrente hasta los confines del Netzej del Etz ha Jaim kabalístico, el universal Árbol de la vida.

Los kantianos nos siguen diciendo hoy: vida no hay más que una. Muy en los extremos de lo que dijo un boxeador canario, sabio y anciano:

— Vida hay muchas, como los días que vivimos. Pero muerte no hay más que una, para cada uno de nosotros, al final de nuestros

días. —

De rodillas ante las vidas, para dar las gracias al padre de Hecher Sosa, muchas gracias más.

Estupideces filosóficas hay muchas, como los días del hombre de Lanzarote, boxeador y callejero. De ese padre con un libro entre sus hemisferios, con una enciclopedia mojada en su corazón y una sola meta en sus entrañas.

Y si no lo creen, piensen la estupidez colonial que soltó Descartes en su tiempo de despasiones y pajullo mental. No more coment my friends, soy como el agua.

Pero, ahí retomamos el hilo y nos metemos en el grano de la ASQUEDAD como forma de vida. Un filósofo centro europeo, que podría ser cualquiera de nosotros. Otro, no tan filósofo, a priori. Un lentista, biólogo, visionario, acogedor, suavizante, humilde pensador, vividor de lo suficiente... apasionado y apasionante.

La pasión irresistible de Spinoza frente a la razón desapasionada de Kant. Dos caras de diferentes monedas. Un peso pesado el segundo y un peso gallo el primero. Me quedo con el kikirikí del gallo, también con su chulería, antes que con el chirriar de la inmensa grúa de lo razonable.

La ASQUEDAD del ciudadano de a pie, frente a los incendios, las pasiones, los amores romanos, los oficios, los préstamos, la familia, los extranjeros, los dolores, o las emociones, esos nichos de voces altas y cielos bajos, que a menudo, cuando las cuerdas o los muros de contención se rompen, nos hacen berrear desde nuestras tumbas. Expulsar a gritos pelados todas esas experiencias narradas desde las entrañas, las que no sabemos perdonar, o más bien no aprendemos a perdonarnos. Las mismas que nos llevan una y otra vez a ser un puñado de evangelistas de pedorreta, o ser los profetas de la obligación egoísta, que habita en un ser humano ciego y detestable, con traje de gala incluido. Atuendo que pagamos a plazos, con visa y visillo, como las cuchichonas inviables de los pueblos, aquellas que levantaban las persianas de sus cuartos varios dedos para enterarse de todo lo que pasaba y así luego dar un parte a su manera, como pasa con los telediarios y los diarios, ayer y hoy en día.

¿Y qué es lo que pasa y pisa? Pasa la vida, como dice la canción, en una rueda de hámster, tumba colérica de los quejadores incondicionales.

La ASQUEDAD es una forma sutil de estar contento, de tener identidad, de encontrarte cómodamente sentado en el sillón de la queja y la identidad del enfermo.

Hazlo como yo, como yo diga, con dos cojones, que no falten, aunque estén fuera de contexto, en su nicho cojonudo. Hazlo conmigo o hagámoslo juntos, frase para tontos y hippies, según los listos.

La patología del despasionamiento que place incómodamente inquieta en nuestros contextos —familiares, laborales, culturales, escolares y un millar de «ares» o «es» más—. Un millar de nichos llenos de nada humanas. Llenos de espadas y lenguas parabellum.

«Si vis pacem, para bellum». «Si quieres la paz, prepárate para la guerra». Tan absurda y embutida en lo patriarcal como: «Cogito, ergo sum». «Pienso, luego existo». E incluso más peligrosa como un juicio divino, como la destrucción de Sodoma y Gomorra, como la mujer de Lot, que miró hacia atrás, hecho que provocó su transformación en estatua de sal. Mujer que quedó sin nombre, como hicieron los bárbaros con Minos.

«Sum, ergo coito». «Existo, luego pienso». Y muerte no hay más que una.

Patas arriba, estoy, es un atraco. A manos desarmadas y sin atracones de procesados y procesos. Patas arriba que esto es para esos tontos que a menudo somos. Menudos tontos que nos pasamos de listos, y ahí la cagamos, una y otra vez, con las heces

suelas de la despasión y la sin razón razonable o política-mente correcta.

Gracias Delibes, muchas gracias por tus ratas y tus santos inocentes. A la mierda la corrección y los políticos policlínicos a los que hoy hacemos mandar.

Pero bueno, para Antón, que esto no es un manifiesto. Es otro género literario, mascufemenino o algo así lo llamó un amigo mío andaluz.

A menudo nuestras mayores fuentes de satisfacción, dejo un espacio en blanco, ...pongan ustedes las suyas, son enterradas con las vísceras de un pasado colectivo, con los «no puedo», o peor aún con «los que no me han dejado», y todos esos modos y formas de tirar balones fuera y no tomar res.ponsa.bili.dades de no contarnos a nosotros mismos como actores principales de la comedia de la vida, de lo cotidiano, dioses y espírituosidades incluidas.

Por favor que cada cual baile a su ritmo y cante sus ritos, mitos o pathos.

Hay dos modos de afrontar la vida nuestra, nuestras páginas, nuestros días, nuestras palabras. Dos modos entre muchos, a los que hoy le tocan ser narrados, en estas líneas que podrían ser

alegres o tristes, depende de lo que cada uno de ustedes reciban en sus adentros, química y electrónicamente, sí, ahí dentro en sus corrientes de amor.

Dos modos de ver y de hacer un AKTO pensado e inquieto y otro hecho sin remedio, con constancia, con pasión emocionada hasta su punto de sal, la sal de la vida, sin excusas y sin cojones, esas fuerzas de asalto, que nos encañonan con sus M16 y nos vigilan con sus drones. Ahí Orwell sin levantarse la cabeza. Verías el remedio y la excusa de no hacer por no molestar o por tocar los cojones.

Verías también el esfuerzo y el talento de hacer que los balones retornen, que regresen a nuestras canchas, a nuestras cotidianidades, a nuestras vidas, a nuestras pasiones y empatías. Todas ellas sin religión, sin ataduras de primer, segundo o tercer grado, sin obligaciones pero obligándonos a AKTUAR.

¿Entonces qué, señoras y caballeros, niñas y niños de todas las edades? ¿Miramos de frente a lo que vamos a hacer, o nos quedamos pensando en lo que podríamos haber hecho, sin nunca hacer nada, como siempre?

Pintaremos corazoncitos, o escribiremos frases de paquete de azucarillo en el muro de Truman, o lo recorreremos hasta encontrar su final, lo hay siempre, digan lo que digan los

endulzorados espituosistas, esos que venden almas y quintaesencias a precio de salvación online.

Ya ustedes deciden si el muro existe o no. Y por favor, hagan lo que hagan, pero hagan. Háganlo sin dos cojones, que no vienen a cuento ni en este capítulo ni en ninguno. Y si desean pinturralear el muro, que sea por el otro lado, que este ya lo tenemos saturado.

Gracias por haber llegado hasta aquí.

Antón K. — antonkaegikah.com